

miseria humana, algo ó mucho quizá de las corrupciones del siglo; y si al mismo tiempo encuentra la tolerancia, es decir, la complicidad que la perversión de las costumbres dispensa siempre á la perversión de las ideas, entonces no ven los ojos de su filosofía un *cura* intolerable, un *cura* odioso, ó un *cura* risible, sino un *cura* razonable, un *cura* á la altura del siglo, un *cura* ilustrado. Lo encuentra, digámoslo así, en su terreno, y ya no tiene inconveniente en estrechar su mano. ¡Qué satisfacción para la ciencia!

Aún puede llevar más lejos su condescendencia, porque el sacerdote despreocupado puede á la vez ilustrarse hasta el punto de caer en la apostasía. Entonces sí que lo protege y lo admira. ¡Qué entusiasmo experimenta ante el espectáculo de esas tristes decepciones! Parece que necesita despreciarlo para no perseguirlo.

## VIII.

## MÉDICO.

Tal es la fisonomía interior de este filósofo, la extensión de sus conocimientos y la índole moral que le sirve de gobierno. Krausista sin saberlo, *realiza su ciencia*, viviendo *abierto* de par en par á todos los goces que el mundo le ofrece, en amigable intimidad con la naturaleza, esto es, con la suya, en la cual sólo encuentra las insinuaciones

de sus apetitos. Como si la incredulidad ocupara todos los espacios de su entendimiento, suele carecer de otra actitud. ¿Ha pasado por el claustro de alguna Universidad?... Bueno; ha pasado. ¿Y qué? Todo pasa en el mundo. También pasan en la circulación de la moneda los duros falsos. ¿Ha salido de la Universidad con un título académico? Muy bien; pero he aquí que los títulos académicos están en baja como los títulos de la Deuda. Representan ciento, y sólo valen trece.

Sale, pues, con un trece por ciento de ciencia médica; pero, ¡ah!, no lo ha pensado bien, porque le sale al paso un inconveniente que no había previsto: la conspiración teocrática le persigue: los enfermos le piden á su ciencia, ¡qué desatino!..., *curas*. Esta palabra se levanta ante sus ojos negra como la obscuridad de su entendimiento. ¡Ah! bien se puede morir todo el género humano; en su ciencia no hay *curas* ni para las más ligeras dolencias, y huye de los enfermos como de la muerte, y se refugia en la vida de los ateneos, de los cafés y de los clubs; en la vida donde hierve el movimiento filosófico de nuestro siglo, inmenso hospital de espíritus inválidos, en el que todos parecen incurables.

Pero, vamos, si no *cura*, á lo menos visita. El enfermo padece mucho, y llama á Dios en medio de sus angustias.

—¡Dios!... (dice el médico con desdén.) Medicamentos son los que hacen falta, no plegarias.



—¡Me muero!—exclama el enfermo.

—Buena tontería,—replica el médico.

—Quiero confesar,—añade con voz acongojada.

—¡Confesar! (repite el filósofo.) ¡Bah! El que confiesa la paga. Ea, veamos el pulso.

Y pulsando al enfermo, arquea filosóficamente las cejas, y dice:

—Concentración de la vida, exaltación nerviosa. La naturaleza nos pide auxilio. Por de pronto, hay que alejar de aquí todo objeto que exalte la imaginación. Fuera ese Cristo que cuelga de la cabecera de la cama, ese relicario, esa estampa, esas velas; á las enfermedades no se las persuade con arrebatos místicos. El enfermo necesita mucho reposo, y no se le puede permitir que piense más que en la vida. Prohibo que entre aquí ninguna sotana; son negras, y anuncian la muerte.

Dicho esto, receta y se va tan fresco. Pero la naturaleza estaba por lo visto de pésimo humor; se ríe muy formalmente de los recursos de la ciencia, y el enfermo se muere. En realidad, el caso no es raro; mas, sea como quiera, si no ha podido devolver la salud del cuerpo, ha intentado por lo menos enfermarle el alma. Y el llanto sobre el difunto. Aquella noche desenvuelve en el Ateneo, en el café, en el casino ó en las columnas de cualquier periódico, la siguiente tesis: «Influencia perniciosa de las supersticiones en el desarrollo de las enfermedades»; ó, en términos más claros: la impiedad es higiénica.

## IX.

## JURISCONSULTO.

De la misma manera que es médico, puede ser jurisconsulto, porque en las Universidades del Estado hay títulos para todas las carreras, y es preciso que estos centros oficiales del saber humano tengan la manga ancha para que el bolsillo pueda ser hondo. Si además de los derechos de matrícula y grados y títulos académicos, se pidiese aptitud, aplicación, estudio, los claustros universitarios acabarían por quedarse desiertos. Acaso se deba negar grados, títulos y matrículas á aquellos que no los merezcan; pero ¿se ha de proceder del mismo modo con aquellos que los pagan?... Hay que tenerlo todo en cuenta. Bueno que un padre agote sus bienes de fortuna para dar carrera científica al hijo que ha de ser la esperanza de la familia; mas no ha de consumir el hijo los mejores días de su vida en el estudio de tantas asignaturas como se le exigen. La enseñanza oficial es cara, muy cara, convengamos en ello; mas por lo mismo hay que hacerla fácil. No está al alcance de todas las fortunas, cierto; pero en cambio se halla al alcance de muchas incapacidades. ¿Qué más se puede hacer por vulgarizar la ciencia? La sabiduría que nos invade demuestra así que, por lo menos, no es una sabiduría de tres al cuarto. Además, estos centros de



enseñanza, colocados en las grandes poblaciones, ofrecen una ventaja evidente: lo que el estudiante no aprende en los libros y en las aulas, lo aprende en las disipaciones de la vida alegre; si no sale hecho un hombre de ciencia, sale hecho un hombre de mundo.

Nuestro filósofo, pues, posee un título de licenciado en Derecho. ¡Derecho!.... Bien....: idea abstracta, concepto metafísico, puro idealismo, que se desvanece en las realidades de la vida. En rigor, no reconoce más derechos que *los derechos del hombre*. Esta es la base de toda su jurisprudencia. Acerca de lo tuyo y de lo mío profesa variedad de teorías; pero téngase en cuenta que en lo tuyo y lo mío no entra nunca lo suyo. Sin embargo, alguna vez le sonríe la idea de un falansterio. Y ¿quién sabe? ¿No será la existencia de los mormones el anuncio del estado definitivo de la sociedad humana?

Como criminalista, lo encontraréis siempre furiosamente indignado contra la pena de muerte. La sociedad no puede disponer de la vida de nadie, porque ella no puede quitar lo que no da. Muy bien; mas entre los diversos conocimientos que forman la filosofía de este letrado, no será difícil tropezar con algunas ideas de esgrima, con alguna noción más ó menos exacta acerca del tiro de pistola. En tal caso, una disputa en el café, una discusión de periódico á periódico ocasiona un lance, y aquí tenemos á nuestro filósofo imponiendo la

pena de muerte, constituyéndose á la vez en juez y en verdugo.

Y si no le son favorables los caprichos de la fortuna, porque la sociedad no hace justicia á sus talentos, porque el mundo loco no repara en su genio, porque juega y pierde, porque la pobreza lo desespera ó la envidia lo envenena, resuelve muy filosóficamente que la vida es un peso insostenible, y concibe el proyecto de quitarse de en medio. Apela al suicidio; es un criminal que no encuentra verdugo, y él mismo se ejecuta.

Difícilmente encontraréis en su corazón la ternura de los afectos, porque, digámoslo sencillamente, el que no quiere á Dios, ¿á quién puede querer? Posee todo el egoísmo de la sensualidad, y como en rigor no ve con más ojos que con los de la carne, la idea de la verdadera belleza está á obscuras en su alma.

¡La humanidad! ¡Oh, sí! ¡La humanidad! He ahí su palabra favorita. No obstante, oidle, y veréis qué mal piensa de todos los hombres; no se sabe si es que los odia ó los desprecia. Su entendimiento viene á ser—como si dijéramos—una noche en *Mabille*, y en sus conversaciones aparece siempre el *cancán* de sus ideas.

Acaso miréis en todas direcciones buscando el tipo que os presento como si se tratase de un ser raro, único, oculto en los rincones de la sociedad. No me sorprende: á fuerza de verlo, ya no lo conocéis; os habéis acostumbrado á su presencia, á



su trato, y no acertáis á distinguirlo entre los demás mortales. ¿Dónde está? Aquí, allí, arriba, abajo, en todas partes; es el vulgo de la incredulidad, el somatén de la filosofía, la hez de la ciencia, la fisonomía contemporánea más común y más propia de la civilización moderna.

En verdad, no es el tipo de una especie, sino más bien la vera efigies de una generación. Es la epidemia filosófica, el contagio científico; los más crasos errores incubados en la más crasa ignorancia.



## CONCLUSIÓN

—

I.

LUZ.

**A**CABAMOS de ver los esplendores con que el gran mundo ilumina el cuadro de la vida moderna, y las sombras con que la ciencia llena de obscuridades los entendimientos del día. Por una parte, el espectáculo de las costumbres; por otra, el cuadro de las ideas.

Dos grandes disipaciones que forman el caos moral en que nos agitamos: la disipación de la vida por medio de los placeres; la disipación de los entendimientos por medio de la ciencia.

Allí todos los apetitos; aquí todos los errores.

La gran ciencia proclama la doctrina, y el gran mundo la realiza.

De esta manera se unen el alma y el cuerpo de la sociedad en que hemos nacido.